

# Sangrienta tragedia de una salvaje Madrastra



En la provincia de Huesca, muy cerca de la frontera, ocurrió este suceso que al oírlo causa pena.

Un honrado matrimonio de los que bien se llevaban, con tres hijitos pequeños en una aldea habitaban.

El se llamaba Francisco, y su esposa, doña Sara, la que falleció de parto al quinto año de casada.

Quedando solo Francisco con los tres niños pequeños, trabajando esclavamente para darles alimento.

Al cabo de algunos meses Francisco dió en pensar que él solo con los niños no se podía arreglar.

Y, para bien de sus hijos, al momento se casó con una mujer villana, lo que fué su perdición.

Al casarse el pobre hombre y su esposa le dijo:  
Desde hoy serás la madre de mis desgraciados hijos

Como madre les darás educación y cariño, pues ya sabes que los pobres se encuentran huérfanos.

Yo, si Dios me dá salud, con afán trabajaré para que en nuestra casa no nos falte que comer».

Poco tiempo se pasó amar y tranquilidad; pronto empezaron las quejas, los celos y la maldad.

Cuando aquel honrado padre de su trabajo venía aquella madrastra infame a su esposo le decía:

«Son tan traviesos tus hijos que yo no los puedo aguantar, y aunque me duele pegarles, los tengo que castigar.

Me hacen mil travesuras, no me quieren respetar, y hoy me han roto un plato y una jarra de cristal».

Al oír esto el marido, creyendo que era verdad, a sus inocentes hijos empezó a maltratar.

Todos los días el hombre, al llegar de trabajar, inducido por su esposa les pegaba sin piedad.

Un día el niño mayor de rodillas se presentó ante su padre llorando diciendo estas palabras:

«Padre de mi corazón no se crea en nuestra vida, porque todo cuanto dice es una pura mentira.

Cuando usted marcha al trabajo nos encierra en la cuadra, y no nos da de comer sino pan seco y agua.

Con una vara que tiene  
siempre nos está pegando,  
y dice que poco a poco  
así nos irá matando.

Si no mira por nosotros  
yo me iré con mis hermanos  
a pedir una limosna  
entre los buenos cristianos».

Al oír esto el padre,  
lleno de pena y dolor,  
a la ingrata de su esposa  
seriamente reprendió.

Pero la vil criminal  
no le contestó palabra,  
guardando en su corazón  
la más terrible venganza.

Y al otro día siguiente,  
cuando el marido marchaba,  
se levanta la traidora  
para cometer su infamia.

Se dirige al aposento  
donde los niños estaban,  
y cogiéndolos del pelo  
por el suelo los arrastra.

Sin escuchar los lamentos  
que los infelices daban,  
aquella fiera salvaje  
los lleva hasta la cuadra.

Una vez allí encerrados,  
sin piedad ni compasión,  
con sangriento cuchillo  
a los tres niños mató.

Como si fueran corderos  
el pescuezo les cortó,  
dejando sus cuerpecitos  
que al verlos daba dolor.

Aquel día su marido,  
en vez de ir a trabajar,  
dió la vuelta al camino  
y se volvió a su hogar

Quiero saber lo que pasa  
con mis desgraciados hijos,  
se decía el pobre hombre  
muy triste y muy pensativo.

Y, cuando en su casa entró,  
en un rincón de la cuadra  
se encuentra hechos pedazos  
los hijos de sus entrañas.

Sin acuerdo y sin sentido  
aquel hombre se quedó  
contemplando aquella escena  
traspasado de dolor.

Mas cuando el conocimiento  
aquel hombre recobró,  
se lanza sobre su esposa  
lleno de ira y furor.

Y con el mismo cuchillo  
que a los niños degolló,  
hasta nueve puñaladas  
sin vacilar la pegó.

Viendo su cuerpo cadáver  
a la autoridad se entrega,  
dando cuenta a la Justicia  
de esta salvaje tragedia.

Lo llevaron a la cárcel,  
le toman declaración,  
pero todos los vecinos  
salieron en su favor.

Y aquí termina la historia  
de esta terrible desgracia,  
que tanto dolor causó  
en toda aquella comarca.

